

Una excursión por la fantasía

Entrevista a Pablo Capanna

Pablo Capanna es autor de varios libros de ensayos. Su obra *El sentido de la ciencia ficción* (1967), la primera en español dedicada a este tema, fue reescrita en 1992 como *El mundo de la ciencia ficción*. También ha publicado *La tecnarquía* (1973), *El Señor de la Tarde. Conjeturas en torno de Cordwainer Smith* (1984), *Idios Kosmos. Claves para Philip K. Dick* (1992, 1995), *J. G. Ballard. El tiempo desolado* (1993) y *El mito de la Nueva Era. Vino viejo en odres descartables* (1993). Tiene un ensayo inédito sobre la obra del cineasta ruso Andrei Tarkovski.

Es profesor titular en la Universidad Tecnológica Nacional y vicedirector de la revista *Criterio*.

Este año la editorial Simurg ha publicado su trabajo *Excursos*, donde aborda, entre otros temas, la obra de varios autores «no realistas». Este libro es el tema central de la entrevista de *Gamma*.

GRAMMA: ¿En qué consiste el concepto de «excursos» tal como figura en el título del libro?

PABLO CAPANNA: Si te dijera que es un título comercial, no me creerías, y harías bien. Ocurre que cuando uno ya está resignado a no ser bestseller hasta puede permitirse algún título insólito... Lo cierto es que me pareció que no teníamos un concepto que definiera obras como las de Tolkien, por ejemplo, demasiado estructuradas para ser fantasía y demasiado fantásticas para ser ciencia ficción. Tal como se propone en el libro, el «excursus» sería

una ramificación del discurso lineal y realista. Una especie de *excursión* por la fantasía. No se trata de una fuga, sino de una excursión por un mundo utópico, de la cual uno regresa enriquecido. En cierto modo, hasta la fantasía más delirante (aquella que *delira*, se aparta del surco realista) tiene nexos con la realidad. Centauros y sirenas nacieron al mezclar especies, y las mayores utopías siempre se parecen a alguna ciudad conocida.

En algunas de las obras de que trata este libro se construyen mundos ficticios, coherentes y autosuficientes, análogos a los mitos o a los Grandes Relatos ideológicos que dominaron la modernidad. La historia cósmica de Stapledon o la Tierra Media de Tolkien son Grandes Relatos imaginarios, tan ambiciosos como las grandes teogonías y epopeyas. Han sido amasadas con materiales disímiles, que van desde la filología hasta la física.

GRAMMA: ¿Este libro es el resultado de un proyecto de investigación?

PABLO CAPANNA: Siempre me hubiera gustado trabajar así, pero nunca tuve la oportunidad de hacerlo. Estos trabajos fueron pensados con distintas urgencias, sin otro plan que el orden de mis lecturas. Algunos aparecieron en la revista *El Péndulo*, un fenómeno del cual se ha hablado muy poco. Era una publicación de venta masiva, con una calidad literaria y gráfica poco comunes, donde pude darme el lujo de ir elevando la puntería sin perder lectores. Otros artículos salieron en *Criterio*, una veterana institución cultural, donde tenía ocasión de publicar trabajos más «académicos».

El resultado podría ser una antología, aunque al seleccionar los trabajos descubrí que los unía una cierta trama.

Hace más de treinta años que soy profesor universitario, pero trabajo en una facultad de ingeniería donde los profesores de humanida-



des son una minoría étnica apenas tolerada, de modo que toda mi tarea de investigación ha sido privada.

Hace poco, estaba viendo un documental de la BBC sobre Henry David Thoreau, con opiniones de grandes catedráticos. De pronto apareció un sujeto algo desaliñado, catalogado como *Independent Thoreau Scholar*. Descubrí que eso era yo: ¡un investigador privado, casi un detective de novela negra!

Es algo que no deja de tener sus ventajas: al no ser el patrón de una cátedra, ni estar obligado a leer trivialidades inútiles sólo para mantenerse actualizado, uno puede darse el lujo de ignorar las modas y los feudos académicos.

GRAMMA: ¿Cuáles son las características comunes que hay entre autores como Tolkien, C. S. Lewis, Olaf Stapledon y Ernst Jünger?

PABLO CAPANNA: Como has visto, las modas siempre me inspiraron desconfianza. Por ejemplo, me resistí durante años a leer Tolkien hasta que tropecé con la trilogía, que algún exiliado había tenido que malvender, en una mesa de Plaza Lavalle. Quedé fascinado, y hasta me atreví a agregar una gota de agua al mar de su bibliografía.

Si bien ya conocía las historias de Lewis, su vinculación con Tolkien me movió a leerlo más a fondo. Olaf Stapledon me había interesado desde siempre, por ser filósofo y patriarca de la ciencia ficción. A Jünger lo descubrí gracias a un amigo, el historiador Marcelo Montserrat.

Ahora bien, todos ellos eran contemporáneos, y habían sobrevivido a las guerras mundiales. En las trincheras del 14-18 habían estado los soldados Tolkien y Lewis, el pacifista Stapledon y el belicoso Jünger. La segunda guerra mundial los había marcado a todos: allí nacieron los anillos de poder de Tolkien, las reflexiones de Jünger sobre la magia y la técnica y también la *Ucronía*, ese intento de reescribir una historia que tan tremenda había sido.

Todos ellos daban testimonio de su tiempo. No es necesario que un escritor se proponga «comprometerse» para darlo. Lo dan, a pesar suyo, hasta los que se refugian en la Arcadia o en el minimalismo.

GRAMMA: Dos de estos autores, J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis, son cristianos. ¿En qué

medida contribuyó su fe a la gestación de su obra?

PABLO CAPANNA: La fe es una actitud de vida, y cuando «se traduce en obras» no se trata necesariamente de obras literarias. Para crear una obra, no alcanza con la fe ni con las buenas intenciones, hace falta talento y esfuerzo.

En lo que a mí respecta, nunca me propuse rescatar «autores cristianos», sino a todos aquellos que me decían algo. Entre mis «amigos» literarios están el gnóstico Philip K. Dick o un autor como Ballard, a menudo nihilista. Sin embargo, al cabo de los años descubrí que me sentía más atraído por aquellos detrás de los cuales se intufía cierta espiritualidad. Eso es lo que me hizo descubrir a Cordwainer Smith, cuya obra resultó estar impregnada de simbolismo cristiano, o el cine de Andrei Tarkovski, tan cercano al arte sacro de los iconos.

Tolkien fue un ferviente católico, aunque tan pudoroso que nunca dejó que sus lectores se enteraran y dio pie a los críticos superficiales para calificarlo de ateo. Lewis tenía el fervor del converso, pero nunca acabó de superar ciertos vestigios de hermetismo. Jünger fue una suerte de filósofo estoico, aunque antes de morir se convirtió al catolicismo. De mis invitados de este libro, quizás el mayor buscador de fe haya sido, paradójicamente, Stapledon, supuestamente ateo y hombre de izquierda.

GRAMMA: Tu obra ensayística manifiesta un persistente interés por ciertos temas: el impacto de la tecnología y su manifestación en mitos colectivos, el fenómeno de las sectas, la literatura de ciencia ficción. ¿En qué medida se relaciona este libro con el resto de tus reflexiones?

PABLO CAPANNA: Una de las cosas que me impresionaron en Jünger es la visión de un hombre que vivió todo el siglo XX «corto», desde el Barón Rojo hasta Saddam Hussein. Jünger comparaba nuestro tiempo globalizado con el mundo helenístico. En el mundo alejandrino, como en el nuestro, había escépticos y libros de autoayuda, saber enciclopé-



dico y falta de creatividad: era el mundo de los epígonos y los diadocos, donde convivían Arquímedes y Euclides con el sincretismo, y el relativismo con la credulidad.

El mundo posmoderno se parece mucho a esos tiempos, y en el último capítulo del libro apunto precisamente a la génesis de un mito sincrético de nuestro tiempo: el ovni. Es un tema en el cual se cruzan la imaginación tecnológica con la esperanza mesiánica, y el miedo a las consecuencias no deseadas del progreso. Allí trato de mostrar cómo una creencia nacida en la literatura popular de ciencia ficción pudo llegar a penetrar los más diversos ámbitos de nuestra cultura, dando origen a cultos y seudoreligiones.

Se trata del peligro de no saber distinguir entre ficción y realidad. Es tan grave como pretender imponer las utopías violando la realidad histórica.

GRAMMA: Jung veía los ovnis como manifestación del inconsciente colectivo. ¿Cuál es tu perspectiva sobre este tema?

PABLO CAPANNA: Un reseñador anónimo quiso elogiar mi libro diciendo que sugería la existencia de una suerte de inconsciente colectivo. Más bien, se trata de lo contrario. El inconsciente colectivo es una tesis de Jung, hasta ahora sin demasiado asidero. Pero fue precisamente Jung, en su papel de pensador ocultista, quien primero habló del ovni como símbolo del inconsciente colectivo. Al hacerlo, abrió el camino para los seguidores de Stanislav Grof, que toman la «experiencia» de haber viajado en un ovni como normal y legítima. Y también para las «sectas platillistas» al estilo de Valentina de Andrade o el Heaven's Gate.

El concepto al cual recurre, en cambio, es de «imaginario colectivo» una construcción social multiplicada por los medios de difusión, tal como lo usa por ejemplo Alain Touraine. En el caso de los ovnis, aparecieron en la ciencia ficción unos cuarenta años antes de que la gente comenzara a verlos.

GRAMMA: ¿Cuál es tu apreciación general de la filosofía contemporánea? ¿Qué corrientes o pensadores te resultan de mayor interés?

PABLO CAPANNA: Confieso que no me resulta demasiado atractiva. Especialmente ese galimatías de estilo post-estructuralista, o esa «Teoría» que mezcla variados jirones de saber

para construir frases brillantes con muy poco sentido. El abandono de la modernidad también parece representar un abandono del pensamiento crítico: las agudas descripciones de la posmodernidad que hacen autores como Lyotard, Baudrillard, Vattimo o Lipovetsky me pueden ayudar a entender Disneylandia, los shoppings y la televisión, pero no van más allá del impresionismo.

En esta etapa estoy leyendo más de ciencia que de filosofía, por supuesto en el nivel de divulgación a que se puede acceder sin ser profesional.

GRAMMA: ¿Cuál es la frontera que separa el pensamiento filosófico del pensamiento científico?

PABLO CAPANNA: Tengo la sensación de que los filósofos han quedado apabullados por las revoluciones científicas que no nos dieron respiro en este siglo, y por momentos parecen sentirse perdidos. La alternativa que han elegido parece consistir en replegarse sobre el lenguaje mismo, donde confían resistir ignorando buena parte del mundo. A veces, predicán el conformismo con un discurso supuestamente transgresor. Otras, imitan a ciertos artistas, que prefieren exhibirse a sí mismos como si fueran obras vivientes.

Ante esta deserción, los científicos han desarrollado una inesperada vocación por la «filosofía salvaje». A menudo «descubren» cosas como el platonismo, pero lo ilustran con fórmulas que al lego le parecen extrañas e indescifrables runas. Me asombra la aparición de los «físicos filósofos», como Fritjof Capra, que quiere conciliar la física cuántica con el taoísmo, o Frank J. Tipler, que propone un modelo físico que garantice la resurrección de los muertos, el Purgatorio y el Paraíso. Muchos se animan a hablar de una Teoría de Todo, que marcaría nada menos que el fin del conocimiento.

Parece que también en la ciencia se está dando cierta confusión de géneros, tan posmoderna, aunque no puede negarse que estas especulaciones reflejan tendencias que todavía estamos lejos de poder entender.

A pesar de todo, este tiempo de transición (¿hacia dónde?) no deja de ser apasionante. Los chinos dicen que los períodos más interesantes (para el historiador) son los más difíciles de soportar (cuando uno los tiene que vivir).